

Voz de luna

Marilia era una mujer suave. Su voz argentina recordaba la quietud del viento cálido. Su canto acariciaba la brisa con voz de terciopelo. Con pasos ligeros, atravesaba el escenario, como sutil tonada de un piano que hubiera extraviado las teclas de graves.

En medio del tablado se cubría las orejas con las manos al tiempo que cerraba los ojos. Tras un expectante silencio y respondiendo a pulsiones indescriptibles, interpretaba las canciones agregando armoniosos sonidos desconocidos que parecían emanar de un universo melódico que habitaba su cuerpo.

Los experimentados compositores no acertaban a comprender de dónde surgían las mágicas notas que añadía Marilia a sus cantos. Intentaban representar el significado de su voz, horas enteras de absolutos fracasos, noches en vela de mentes convulsas que al amanecer arrojaban pentagramas vacíos.

A sus espaldas no faltaron envidiosos que la acusaron de hechicera. Hubo quien intentó desdeñarla y emparejarla con alguna de las exóticas bailarinas del espectáculo, previo al suyo, que se presentaba en aquel recinto edificado a la linde del peñasco, donde rompían las olas de un plateado mar calmo al que solía acudir Marilia cuando necesitaba compañía. Insensatos pagaban el sacrilegio con creces, algo procuraba que, tras su falta, nunca más escucharan su dulce canto, ajenos a la magia y el placer inexplicable que experimentaban los que tenían el privilegio de escucharla. La providencia o un vetusto conjuro misterioso, velaban por la seguridad y el bienestar de la voz de la solitaria Marilia.

Otros en cambio, veían en ella a una joven soñadora de figura etérea, pálida, y dulce, como la Simonetta de Botticelli. Silenciosa hasta en su modo de andar, la presencia de Marilia parecía confundirse con el viento, su sonoridad solo se hacía presente en compañía de la música.

Durante las noches, contemplaba nostálgica la cúpula estrellada de un cielo apacible y silencioso como ella misma, ataviada con la chalina de hilos ancestrales heredada de Talía, su madre, antes de que Marilia abandonara el pueblo en busca de su propio timbre.

Marilia conquistaba la admiración de todos y el corazón de nadie. Aturdidos y embelesados por su voz, mujeres y hombres, acudían y rehuían por igual, su canto no era de este mundo, solo el amo de la noche, el que posee dones que intercambia por oscuros favores, el que por su desobediencia abandonó su lugar en la morada de los dioses, podría haberle concedido tal gracia.

Marilia contaba seis meses cuando Talía, después de una visita al brujo del pueblo, le obsequió un ave que instruyó debía acompañarla siempre. El ave blanca como piedra de luna, contemplaba con tristeza muda a la niña, de cuya alma emanaban acendradas notas desconocidas en seres humanos, y cuyo vibrato estimulaba al más agrio o fufurufo de los hombres.

En el pueblo, la gente atribuía su don al legado de Talía quien, en otros tiempos, colmó con su canto la brisa marina que depositaba su voz en las copas de los árboles, y que cada amanecer, el fresco rocío derramaba ligera sobre sus vidas. Para Marilia esos tiempos eran ajenos, no recordaba el canto que su madre le ofrecía mientras apacible esperaba dentro del vientre, ella solo se

acostumbró a la presencia constante del ave de luna pendiente del zoquete clavado en la frondosa ceiba, ambos actuaban como vigilantes silenciosos de aquella familia de féminas enigmáticas.

Tras la muerte de Talía, Marilia sentía una grieta en el alma que crecía al paso del tiempo. Las notas sonoras de su voz se tiñeron de un timbre melancólico. Deseaba compañía, vivir la limerencia propia de su juventud. Solo el ave de luna acompañaba sus días, mudo testigo de su existencia vacía.

Una noche, mientras contemplaba la mangata iridiscente que dibujaba la blanca luna llena sobre la mar, cuyas calmas olas tocaban tiernas sus pies descalzos, fijó sus ojos tristes en la blanca superficie de la esfera brillante colgada del cielo, e inició un canto suplicante que cimbraba de pena y desasosiego a las criaturas marinas y los astros nocturnos. En el pueblo, las madres sorprendidas luchan para contener el llanto inconsolable de los niños, que de la nada, despertaron afiebrados por una dolencia repentina e incomprensible. El cielo afligido arroja sobre las aguas, lágrimas desconsoladas y profundos lamentos, que viajan estrepitosos sobre rayos brillantes que se estrellan en la espuma bravía de un mar furioso como leones en jaula. La triste súplica del canto de Marilia, acompañada sin ella saberlo, por el llanto de los niños, se prolonga la noche entera, condenando a los mayores a extenuantes horas de indescriptible pesar.

Al amanecer, Marilia sintió el desfallecer de su voz. Intentó continuar su canto. Se llevó las manos a las orejas. Cerró los ojos. Percibió una penumbra muda dentro de su cuerpo. El silencio la fue alcanzando, mientras el ave blanca alzaba el vuelo y acariciaba el viento con dulces notas de luna que a ella le recordaron las suyas, y que distantes, parecían remontarse a una lejana vida que se desdibujaba en el celaje con el que se cubría el manto celeste sobre la marina.

Infame destino encontró Marilia por su límpido corazón que, apesadumbrado por su soledad y la tristeza del ave blanca como piedra de luna, devolvió a ésta la voz, único patrimonio proveído por Talía, quien ajena a este acto equívoco, mantenía en su tumba el alma serena, cual dorado océano plácido en una mañana solariega, mientras Marilia aterrada se consumía en un oscuro pozo silencioso y el ave blanca acariciaba el viento con su voz argentina.

Mónica Cavazos
(2020)